

# Reyita y yo: A manera de introducción

DAISY RUBIERA CASTILLO

La Habana, Cuba

Durante mucho tiempo me motivó la invisibilidad de las mujeres negras en los textos maestros de la historia y la literatura cubanas. Lo que me hizo trazarme un proyecto personal para ir llenando, en parte, ese vacío. Sabía que para ello tenía que librar una fuerte batalla contra aquel silencio. Batalla que decidí ganar fuera de los archivos y bibliotecas a partir de la narración de las propias mujeres negras. Proyecto que inicié de forma casual, cuando en 1992 sostuve una conversación con Reyita relacionada con una investigación que estaba realizando sobre la mujer negra durante el período colonial cubano. Aquello la motivó y estimuló a contarme algunos aspectos de su vida, de su familia paterna y materna. Desde sus primeras narraciones comprendí que la importancia de su narración no era solamente por la opresión de la que fue víctima por ser mujer, pobre y negra en la sociedad y momento histórico que le tocó vivir, sino porque su relato tenía, además, el peso de varias generaciones.

En aquel momento decidí, centrar mi trabajo en la historia de vida de aquella mujer. Así, apareció mi testificante, que no la seleccioné, ella se ofreció. No tuve necesidad de ningún acondicionamiento psicológico para iniciar las entrevistas, hubo una relación diferente, única, la relación madre/hija, porque Reyita era mi madre. Todo lo cual me permitió enfrascarme con ella en largas y fluidas conversaciones, que, por momentos, parecieron una conspiración entre las dos, porque no participaron ninguno de mis hermanos o hermanas.

Reyita resultó ser una narradora con una rica memoria, la que se fue despertando paulatinamente en la medida en que la estimulaba e incitaba, hasta que abrió todos los pliegues de su voz para reconstruir una historia que

testimoniaba casi la totalidad de su vida. Y a través de la cual ofrecía, también, información sobre una clase, un grupo racial, acontecimientos para muchos y muchas desconocidos, conocidos mal o, narrados desde un punto de vista que no representaba la visión de aquellos y aquellas que fueron víctimas de la historia, como por ejemplo la masacre cometida en 1912 contra quienes integraban el Partido Independiente de Color, sus simpatizantes o sencillamente por ser negros o negras.

La utilización del testimonio como uno de los métodos de la Historia oral me permitió que Reyita se representara a sí misma al convertir su voz subalterna y privada en voz pública para restituirla al discurso sobre la nación una voz que siempre fue usurpada, la voz de las mujeres negras.

Conocer bastante de su vida me permitió situar su memoria en el tiempo y el espacio al hacerla hablar. Era necesario que pasara revista a su pasado a partir de su necesidad, su deseo de abrir su corazón o de mi interés profesional. No hubo tensiones entre las dos, como entrevistada y entrevistadora. Eso facilitaba, hasta cierto punto, mi trabajo. No obstante, para poder estimular el fluir de la conversación, tenía que preguntar y, por momentos, «exigir.» Exigencia que ella sentía, por ejemplo, cuando hablamos de la muerte de uno de mis hermanos y me dijo: «No quisiera hablar de aquello... pero como tú dices que es necesario, voy a hacer un esfuerzo» (127). Más adelante, refiriéndose a ese mismo asunto se quejó: «¿Por qué me haces hablar de aquello...?» (127). Era claro que por un meca-

## Daisy Rubiera Castillo

Daisy Rubiera Castillo es escritora e historiadora. Fue fundadora del Centro Cultural Africano «Fernando Ortiz» en la ciudad de Santiago de Cuba. Miembro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas y de la Asociación Yoruba de Cuba. Entre sus libros se encuentran, además de la edición en español de *Reyita, Desafío al silencio y Aires de la memoria*. Su último libro, del que es co-autora junto a Inés María Martiatu, lleva por título *Afrocubanas. Historia, pensamiento y prácticas culturales*.



Daisy y Reyita. Cortesía de Daisy Rubiera Castillo.



1  
Utilizo raza para referirme al color de la piel.

2  
Alberto Abreu. Presentación de la sexta edición de *Reyita, sencillamente*. Casa de las Américas, La Habana, febrero 2011.

nismo de supervivencia, su mente trataba de esconder los momentos dolorosos.

Consciente de que le provocaba un reavivamiento de sufrimientos pasados u ocultos, pero desde una posición humana y con mucho amor, a la vez que me alejaba, por lo que también aquello significaba para mí, trataba de romper la mudez que ella me imponía. Era importante saber, de su propia voz, cómo había experimentado, no solo aquel dolor, sino todos los momentos de su vida.

Escribí el libro en primera persona, lo organicé cronológicamente con retrospectivas en el tiempo. Utilicé en el texto muchas de las interrogantes que ella empleó mientras conversábamos, por ejemplo: ¿Cómo? ¿Yo? ¿Tú entiendes? Fue un trabajo difícil, las dificultades mayores fueron mantener sus códigos gestuales, rítmicos y melódicos mientras organizaba, con un significado histórico y literario, su discurso testimonial para convertirlo en escritura sin que perdiera su esencia. Lo subtulé: «Testimonio de una negra cubana nonagenaria,» para marcar género, «raza,»<sup>1</sup> nacionalidad, edad, ya que su protagonista sin proponérselo, lo había titulado cuando al responder a una pregunta dijo: «prefiero ser Reyita, sencillamente» (63). Preparado el original, integré documentos, datos de archivo, notas y, como elemento que consideré importante, fotos del álbum familiar y tomadas a aquellos efectos.

En ese libro, según el crítico y ensayista Alberto Abreu «lo interracial y la familia deviene en red y lugar de la memoria, el espacio propicio para la indagación reflexiva, problematizadora, que dialoga, arroja nuevas luces interpretativas sobre la historia monumental» (333). Pero *Reyita, sencillamente* no es simplemente una historia de vida o un relato familiar, sino que al ser la voz de la sujeta hablante una voz negada y excluida históricamente y Reyita posesionarse como mujer negra al narrar a través de su historia la otra cara de la nación, el otro lado de lo que ser una cubana negra significa, resulta «un suceso verdaderamente perturbador para una historiografía donde el sujeto blanco, androcéntrico y letrado tradicionalmente ha desempeñado el rol de ventrículo del sujeto[ya la sujeta] negro»<sup>2</sup>.

Para las personas que no han leído el libro les diré que su protagonista, María de los Reyes Castillo, familiarmente conocida como Reyita, nace unos meses antes de la instaura-

ción de la República neocolonial; en la cual, con las nuevas condiciones creadas por el recrudecimiento del racismo y la discriminación racial, se le negaba a la población negra todos los derechos por los cuales habían luchado durante las guerras de independencia.

Durante las entrevistas Reyita manejó el tiempo de acuerdo con sus recuerdos, en una ruptura con la continuidad del tiempo transcurrido. A pesar de aquel movimiento, su testimonio mantuvo cierta cronología, la que se cortaba, generalmente, cuando hablaba del presente. Siempre su narración más detallada fue del pasado, como si quisiera romper lo que el silencio insistía en proteger. De ahí que el estigma por el color de su piel, marcó todas las etapas de su narración: cómo fue construyendo su identidad como mujer negra; cómo su discurso se vuelve político al narrar lo relacionado con su incorporación al movimiento de regreso a África dirigido por Marcus Garvey, para ir a formar «una comunidad de negros con negros» —como me dijo— en aquel continente lejano que, aunque ella no sabía donde quedaba, Tatita, su abuela africana, le enseñó a querer, a respetar y donde Reyita imaginó que su abuelita «había volado» después que falleció.

Frustrada y decepcionada ante el fracaso de aquel movimiento, consciente del enfrentamiento que tenía que hacer al racismo imperante en el país, tuvo que arrogarse algunas facultades, entre ellas, elegir al hombre blanco como pareja, «obligada» como estaba a rebasar los límites del color de su piel, para proteger a su futura descendencia de la discriminación de la cual ella fue víctima, lo que se explica cuando me dijo: «Y está de más decir, ahora, que amo a mi raza, que amo a los negros, pero casarme con un blanco en aquella época era vital» (59). Libertad que se tomó pero que no estuvo exenta de ciertas y dolorosas concesiones que hace evidente su pertenencia a un grupo racial subyugado, discriminado, carente de derechos. Reyita no se equivocó al hablar de la problemática racial cubana cuando planteó: «¡queda mucho por hacer!» (27). Aún muchas cubanas y cubanos, de cualquier color de piel, nos encontramos enfrascados y enfrascadas en una batalla contra el racismo y la discriminación racial, uno de nuestros desafíos actuales.

En su manejo del tiempo, al hablar del presente también hizo referencia a lo que más la enorgullecía, lo que ejemplificó con

una carta que le enviara una de sus nietas en la que, entre otras cosas, le decía: «La grandeza de su alma y de su corazón, su ternura y sabiduría han dado grandes frutos en esta inmensa familia que Usted ha forjado como el herrero, siempre junto al yunque. Todo lo que somos se lo debemos en gran medida a Usted» (152-53).

Carta que le hizo expresar: «Eso fue lo que obtuve de mi lucha y de mi sacrificio. ¡Esa es mi familia!» (153). Porque la valoraba en gran medida, y en esa dirección siempre tuvo un proyecto, una intención, un sitio para el futuro. De ahí su fuerza, su vitalidad, su trasgresión al querer soñar, algo no permitido para las mujeres y, menos para las negras, en aquellos tiempos.

La solidaridad fue otro de los aspectos que distinguieron a Reyita. Su máxima expresión el desvelo y el amor con que cuidó a los hijos e hijas de otras mujeres que por razones fortuitas o de otra índole no lo pudieron hacer ellas mismas. Ese sentimiento la llevó a utilizar los conocimientos heredados por transmisión oral de su abuela africana, sobre las propiedades medicinales de las plantas, en función de los más desposeídos, de los que sufrían el descuido del sistema de salud imperante en aquella época en Cuba.

Reyita identificó temprano las causas clasistas y discriminatorias de la prostitución. De igual y temprana manera reconoció el derecho de las personas a escoger y expresar su preferencia sexual. Tuvo un alto concepto de la amistad. Valores todos ellos que conformaban la personalidad de aquella mujer.

La religión tuvo su incidencia en la espiritualidad de Reyita. Aunque asumió las creencias religiosas de forma muy particular, siempre estuvo presente el sincretismo religioso que marca la religiosidad popular cubana.

En la Conferencia Magistral impartida en el Aula Magna de la Universidad de la Habana en el 2005, el historiador inglés Paul Thompson planteó:

La Historia oral se conoce mejor al registrar, el grabar a aquellas personas que no tienen reconocimiento en la historia los pobres, las minorías étnicas, mejor las mujeres que los hombres, las personas de la raza negra que las de la raza blanca. Por eso el libro Reyita es un clásico de la historia oral porque es la historia de una persona que usted no pudiera

encontrar de ninguna otra forma, la historia de una mujer negra<sup>3</sup>.

*Reyita, sencillamente* tiene seis ediciones en diferentes idiomas: español, inglés, alemán. Múltiples referencias en el marco académico nacional e internacional. Se utiliza como libro de texto en distintas universidades extranjeras. Ha servido de base para tesis de maestrías, doctorados, y para los documentales *Blanco mi pelo, negra mi piel* de la realizadora cubana Marina Ochoa, presentado en el Festival de Cine Latinoamericano de 1996, y *Reyita*, de las realizadoras españolas Oliva Acosta y Elena Ortega, estrenado en el mismo festival en el año 2006. Este último ha participado en 30 festivales internacionales en diferentes países y continentes, en muchos de los cuales ha sido galardonado. Subtitulado al árabe inauguró el I Festival de Cine Árabe-Iberoamericano Realizado por Mujeres en el Cairo, Egipto en el 2008. Este último documental es un triángulo entre la historia, la ficción y la protagonista. Es un diálogo entre el libro y familiares, amigas, amigos, vecinos y vecinas de Reyita, con un gran respeto a la individualidad y diversidad de criterios de cada persona entrevistada.

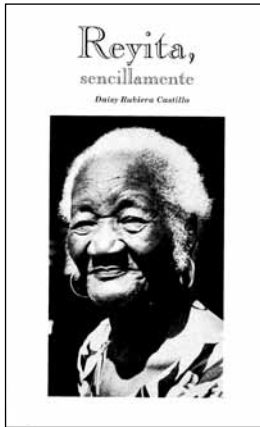
En *Reyita, sencillamente* y en los documentales citados se alza la voz de los excluidos y excluidas, como un aporte a la historia de dolor y sufrimiento de las y los afrodescendientes de Cuba y de los países colonizados, que, la mayoría de las veces, se ha mantenido muda e indiferente ante ese sufrimiento. Y en los que, como bien Reyita dijo: «¡Queda mucho por hacer!».

Pero *Reyita, sencillamente* es una historia que «nos conduce por un mundo de violencia simbólica de desarticulación, fracturas de una ciudadanía subyugada (...) que vivió desde su ser mujer negra. Un texto de memoria que el sujeto como hablante se nos da y se nos esconde como si no quisiera ser atrapado, asimilado por ese saber académico creador de su propia subalternidad» (2).

## Bibliografía

- Alberto Abreu: *Los juegos de la escritura o la (re)escritura de la historia*. Fondo Editorial Casa de las Américas, La Habana, 2007.  
Daisy Rubiera: *Reyita, sencillamente*. Editorial Pro Libros, La Habana, 1996.

3  
Tomado de la grabación de la Conferencia.



1 Hociocuda (en el sentido de labios abultados: peyorativo).

2 Provincia de Oriente. Antes de la división político-administrativa de Cuba efectuada en 1976, comprendía los municipios: Santiago de Cuba, Bayamo, Manzanillo, Holguín, Victoria de las Tunas, Guantánamo y Baracoa. Actualmente ese territorio está dividido en las provincias: Santiago de Cuba, Grandma, Holguín, Las Tunas y Guantánamo.

3 Familia de origen vasco, proviene de un tronco llegado a Santiago de Cuba en las postrimerías del siglo XVII. Grandes propietarios dedicados a la producción azucarera y otras actividades. En los años 60 del siglo XVIII ya poseían una fábrica de azúcar en el partido de Morón (aproximadamente entre Boniato y El Cristo). Con el progreso de la economía plantacionista a principios del XIX, fueron colonizadores-propietarios en la región del Valle Central (Songo-La Maya).

A mediados del siglo XVIII eran el clan familiar patricio de mayor ascendencia económica y política de la jurisdicción de Cuba. En el transcurso del XIX su riqueza menguó como clan y su poder político también, sin que ello implicara la ruina.



Fe de bautismo. Cortesía de Daisy Rubiera Castillo.

Reyita y yo: a manera de introducción

DAISY RUBIERA CASTILLO

## REYITA, SENCILLAMENTE

### Blanco mi pelo, negra mi piel: ¿Quién soy?

Yo soy Reyita, una persona común y corriente. Una persona natural, respetuosa, servicial, honrada, cariñosa y muy independiente. Para mi mamá fue una desgracia que yo fuera de sus cuatro hijas la única negra. Siempre sentí la diferencia que hubo entre nosotras; porque el afecto y el cariño de ella hacia mí no era igual al que sentía por mis hermanas. Me corregía en mala forma, a cada rato me decía: «La negra ésta, la “jocicúa”<sup>1</sup> esta.» Siempre me sentí desairada por ella.

Yo fui víctima de una terrible discriminación por parte de mi mamá. Pero si a eso se suma la que había en Cuba, se podrá entender por qué nunca quise un marido negro. Yo tenía una razón importante, que lo explica todo ¿sabes? No quería tener hijos negros como yo, para que nadie me los malmirara, para que nadie me los vejara, me los humillara. ¡Ay, sólo Dios sabe...! No quise que los hijos que tuviera sufrieran lo que sufrí yo. Por eso quise adelantar la raza, por eso me casé con un blanco.

Tuve una etapa en que padecí mucho el Día de Reyes. Era muy triste para los pobres hacerles creer a sus hijos en la existencia de los Reyes Magos, y no poder —aunque fueran buenos y se portaran bien— complacerlos con lo que pedían en las carticas que hacían. También resultaba muy triste quitarles aquella ilusión. ¡Con cuánto amor ponían las yerbitas, el agua, los dulces, al lado de sus zapaticos, dentro de los que dejaban sus carticas! Yo no podía aguantar los deseos de llorar al ver sus caritas tristes, decepcionados porque lo que encontraban en nada se parecía a lo que habían perdido.

Sufrí mucho el Día de Reyes; y con más razón porque ese es el día de mi cumpleaños: nací un 6 de enero, el de 1902, por eso me pusieron María de los Reyes. Eso fue en «El Desengaño», una finca que estaba en las afueras del poblado de La Maya, en la provincia de Oriente<sup>2</sup>. Mis apellidos debían ser Castillo Hechavarría<sup>3</sup>, porque mi mamá tenía el apellido del amo de mi abuelita, quien, además, fue su padre. Pero todos sus hijos sentíamos tanto odio por aquella familia —que ni conocimos— que mi hermano Pepe decidió que nos lo cambiáramos y nos pusimos Bueno<sup>4</sup>. Aquello no resultó difícil: ninguno estábamos inscritos.

Hace un buen tiempo que el Día de Reyes está colmado de felicidad para mí. Mi casa se hace chiquita para recibir a mi familia, que viene a traerme alegría y a estimularme cuando digo que quiero vivir hasta el 6 de enero del 2002. Y que hablar de los vecinos de la cuadra, que año tras año, el día 5 de enero a las doce de la noche, me traen una serenata y un cake y lo comemos entre todos. Sí, ¡a esa hora! Y nunca me ha hecho daño, porque bailamos y cantamos un ratico. Ahora me siento una mujer feliz el día de mi cumpleaños. Por eso he jurado morirme ese mismo día, cuando cumpla los 100 años.

La felicidad para mí en los primeros cincuenta o sesenta años de mi vida fue de raticos en raticos. Deja ver cómo hilvano las ideas para poder contarte todo aquello... Es como volverlo a vivir, es abrir de nuevo heridas que he querido mantener cerradas, aunque algunas noches me desvelo y todo me pasa por la mente como si fuera una película.

### ¡Mi abuelita voló!

De mis primeros años no se me han olvidado algunas cosas que fueron motivo de conversación entre mis mayores y que oía —con cuatro o cinco años— desde el patio o desde la cocina; porque en mi época los muchachos no podían estar sentados entre la gente grande mientras ellos conversaban. Aquellas cosas las recuerdo bien, por lo tristes y lo penosas que fueron.

A mi abuela Antonina todos le decían Tatica, y murió en 1917. Tenía una piel muy linda, no negra negra, sino de ese prieto que hay muy asentadito<sup>5</sup>. Era gorda y de mediana estatura; su cabello era bonito, se peinaba muy gracioso, partido al medio, y se hacía dos trenzas «alante» y dos atrás; entonces se las recogía a la altura de las orejas; tenía una bella dentadura. Le gustaban mucho los pañuelos de cabeza, pero sólo se los ponía para salir. Si hubieras visto que linda se veía con sus faldas largas de vuelo, de lunares, de flores o de listas. Ella usaba chambras<sup>6</sup> y botas abrochadas a un lado. Tatica era muy chistosa, siempre tenía un chiste que hacer. A ella no le gustaba que me pegaran, constantemente estaba ocultando las maldades que yo hacía. En fin, era una abuelita que se mataba y que se desvivía por sus nietos. ¡Era muy buena mi abuelita!

Tatica contaba que su familia era de una aldea de un lugar llamado Cabinda<sup>7</sup>, que eran de los Quicongos<sup>8</sup> que se dedicaban al cultivo de la mandioca<sup>9</sup> y el café; también tejían con rafia. Los hombres de la aldea se dedicaban a fabricar canoas, tambores y diferentes utensilios de madera. Mi bisabuela materna se llamaba Sabina y tenía siete hijos: seis hembras y un varón.

En un atardecer, cuando la familia estaba en su casa después de haber terminado el trabajo en el campo y los niños jugaban, de pronto sintieron explosiones, gritos. Era que un grupo de hombres blancos, con armas de fuego, atacaba la aldea, quemaba las casas y cogía a hombres y mujeres, mataba a niños y ancianos. Aquello fue una terrible carnicería. Mi bisabuela vio desaparecer a su hijo y a su marido; a las hembras trató de defenderlas como pudo, pero la golpearon y le llevaron a las tres mayores –Tatica, Casilda y Nestora–. Mi abuela nunca olvidaría los gritos de su madre, ni nunca pudo explicarse por qué no cargaron también con ella, pues no era tan vieja; tampoco supo si sobrevivió a todo aquello.

Después de tanto horror, vino la larga caminata hasta el vapor –como ella decía– lo que no logró determinar qué tiempo duró. Los amarraron unos a los otros, para que no pudieran escapar. Ella iba unida a Casilda; Nestora, un poco más atrás. En el camino les daban muchos golpes si caían por el cansancio o por la sed.

El barco en que las sacaron de África estaba atestado de hombres, mujeres y hasta niños; esos eran los menos... Ella decía que fueron algunos que los blancos no pudieron arrancarles de los brazos a sus madres. Como venía tan lleno, se presentaron dificultades que Tatica no sabía cuáles eran, pero comenzaron a tirar hombres al agua, fundamentalmente a los más viejos, a los más endebles. ¡Qué abuso! Aquello solamente de oírlo daba deseos de llorar; y a uno todavía se le llenan los ojos de lágrimas y siente tremenda indignación, porque los tiraban vivos, sin compasión alguna.

Cuando llegaron a tierra, Tatica y mis tías no sabían en qué lugar estaban; mucho más tarde se enteraron que esto era Cuba. Las llevaron a un barracón donde les dieron comida y les tiraron mucha agua. Además, no entendía lo que decían los blancos; después comprendió que el agua era para limpiarlas un poco; y no por bondad, sino para que

lucieran mejor en el lugar donde las iban a vender.

Nunca tuvo bien claro cómo fue que se las arreglaron las tres para permanecer unidas; y cuando hablaba de eso, daba gracias a una persona que yo no sabía quién era –y que luego comprendí que era su Dios– porque a las tres las compró una misma persona de la familia Hechavarría. Triste espectáculo aquel –contaba mi abuela– cuando vendían por separado a los miembros de una familia: cómo gritaban madres e hijos y lo único que podían entender era que había que callarse para no recibir más golpes.

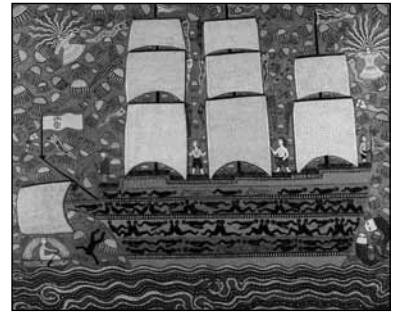
En la hacienda a que fueron llevadas las pusieron a trabajar muy duro en las tareas del campo. Cortar y recoger caña, desyerbar. También sacaban guarapo en los cunyayos<sup>10</sup> para que tomaran los amos y para hacer raspadura<sup>11</sup>. Los Hechavarría también compraron otros africanos, en total eran como quince o veinte en la finca. Entre ellos había uno joven y fuerte, que no era de la aldea de mi abuela. Se llamaba Basilio, y Tatica y él se enamoraron.

Vivieron juntos a escondidas, para que los amos no se enteraran. Aunque mi abuela no quería tener hijos –y para evitarlo tomaba cocimientos de hierbas y raíces– salió embarazada y tuvo una hija a la que pusieron Socorro y que tuvo que trabajar muy duro desde muy pequeña. Después nació mi mamá, que tuvo que laborar como una esclava en los quehaceres de la casa de los amos, aunque eso fue después de la *ley de vientres libres*<sup>12</sup>.

Mi mamá no era hija de Basilio, sino de uno de los amos de mi abuela. Las esclavas no se podían revirar cuando los amos deseaban aprovecharse de ellas. Eso costaba cuero<sup>13</sup> y cepo. Eso era una inmoralidad de aquellos hombres: para una cosa las despreciaban, pero para vivir con ellas no les importaba el color.

Luego de la abolición de la esclavitud, Tatica se fue para un pequeño bohío que Basilio hizo, en un pedacito de tierra que le dieron. Y allí, pasando trabajo, arrancándole a la tierra lo necesario para vivir, nació su tercera hija, a la que llamaron Nestora. Trabajaron muy duro. Con la incorporación de Basilio a la Guerra del 95<sup>14</sup>, Tatica se fue junto a él para la manigua<sup>15</sup>.

Siempre la vi con gran celo con su cadena de oro, aunque también usaba unos collares de colores que después supe que eran de la



Manuel Mendive. Barco negrero. 1976. Oleo sobre madera. 102 x 126 cm. Colección Museo Nacional de Bellas Artes. La Habana, Cuba. Cortesía Mendive Art Studio.

4

Según plantea Reyita, su hermano Pepe oía hablar en el campo insurrecto a los mambises negros que habían sido esclavos, quienes decían que al terminar la guerra se iban a quitar el apellido de los amos. Por el odio que él sentía hacia los que fueron dueños de su mamá y de su abuela, al instaurarse la República y ayudado por un primo abogado, hijo de una tía abuela, cambia el de Hechavarría, que llevaba Isabel por el de Bueno, el que a partir de aquel momento usarían los hijos de ella como primero o segundo apellido, según fueran hijos naturales o reconocidos. El apellido Bueno podría ser el del primo abogado, pero esta información no se ha podido verificar.

5

Tonalidad intermedia en el color de la piel entre las personas mulatas y las negras muy oscuras.

6

Blusa corta que usaban las mujeres sobre la camisa.

7

Actual provincia de la República Popular de Angola, antiguamente formó parte del Reino del Congo.

8

Etnia perteneciente a la familia etnolingüística Bantos. Ocupaba el nordeste de Cabinda, entre el río Cuangoy y el mar. También se les llamaba *conguses*.

9

Arbusto de la familia de las Euforbiáceas, conocido en Cuba como yuca y en México como guacamote.

10

Realmente cunyaya. Instrumento para exprimir el jugo de caña de la yuca.

Reyita y yo: a manera de introducción

DAISY RUBIERA CASTILLO



11  
Dulce de azúcar endurecida.

12  
Promulgada el 4 de julio de 1870. Constaba de veintún artículos mediante los cuales se enmascaraba la esclavitud, la que tomaba otros matices. En su primer artículo planteaba que todos los hijos de madre esclava que nacieran después de publicada la ley serían declarados libres; sin embargo, en el artículo 6 decía que los libertos por ministerio de ella quedaban bajo el patronato de los dueños de la madre, por lo que se podía apreciar que la libertad era relativa.

13  
Especie de látigo usado para azotar a los esclavos. Por extensión, castigo dado con él.

14  
También conocida como la Guerra Necesaria (1895-1898), último período de lucha contra el colonialismo español.

15  
Monte, terreno inculto. «Irse para la manigua» significaba incorporarse a los insurgentes contra la dominación española.

16  
Marcus Garvey (1887-1940). Líder anticolonialista jamaicano. Fundó la UNIA (Asociación Universal para el Progreso del Negro), con la finalidad de unir a los negros de todo el mundo para establecer un país y un gobierno absolutamente de ellos. Garvey viajó a Cuba en 1921 y se le permitió pronunciar discursos no sólo en La Habana, sino en otras ciudades. Fue el momento de auge de la UNIA en el país.

17  
Melado (de la caña de azúcar).

18  
Cocada: dulce elaborado con coco rallado y azúcar.

Reyita y yo: a manera de introducción

DAISY RUBIERA CASTILLO

religión que profesaba. A Tatica no le gustaba el catolicismo; era muy supersticiosa y creía en la resurrección después de la muerte. Recuerdo las cosas que mi abuela contaba sobre los africanos que vivían fuera de su país. Decía que sus espíritus regresaban a sus tierras después de muertos. Yo no pude verla a ella muerta, porque no vivía en La Maya, pero recuerdo cuando la noticia llegó a Banes. ¡Lloré mucho! Pero cuando me calmé y cerré los ojos me pareció verla alzarse al cielo y volar entre las nubes, rumbo a su tierra natal, hacia su África querida, a la que nunca olvidó y a la que aprendí a querer por todas las historias que nos hacía.

### Negros con negros

Ese amor que mi abuelita me inculcó por su tierra natal influyó mucho en mi determinación de incorporarme al movimiento de Marcus Garvey<sup>16</sup> –para irme para África–, cansada de ser discriminada por negra. En Cueto yo me colaba en la casa de Molvaina Grand, *miss Molly*, en unas reuniones que ella y su esposo, Charles Clark, daban los domingos. Ellos dirigían esa organización y a mí me gustaba mucho conversar con ellos. Yo era muy inquieta –adolescente al fin– y siempre me gustaba estar en algo. Los jamaicanos tenían mucho embullo con eso de irse para África. Después de varias reuniones, ya yo tenía el mismo o más entusiasmo que ellos y me metí de lleno en el movimiento. Estábamos seguros de que allí las cosas serían diferentes: negros con negros ¡tenía que ser diferente! Íbamos a ser una gran familia y, sobre todo, sin discriminación racial.

*Miss Molly* se dedicaba a lavar y a planchar pago, pero solo camisas blancas de cuello duro; y, además, hacía unos dulces muy ricos para vender: yemitas de coco y otros que se llaman *cocoanut*. Las yemitas de coco se preparaban con coco rallado y azúcar, eran fáciles de hacer. Se rallaba el coco y se le sacaba la leche; esta se ponía a hervir con azúcar, canela en rama, anís y vainilla y se le echaba un puntico de sal, se dejaba espesar a punto de melao<sup>17</sup>, se enfriaba y se batía en la misma vasija, con una paleta de madera. Cuando se ponía duro, se vaciaba en una tabla y se amasaba, luego se hacían las yemitas y se iban colocando en otra tabla para que se terminaran de secar. El *cocoanut* era más difícil: se hacía con coco rallado, azúcar, canela, anís y vaini-

lla, algo así como una cocá<sup>18</sup>, y cuando estaba espesa se batía con la paleta de madera, luego se iban sacando con un moldecito de madera y se depositaban sobre una tabla para que se secaran. Esos nunca los pude hacer bien, no logré jamás cogerle el punto exacto a la hora de batir: siempre se me azucaraban.

El señor Clark en aquellas reuniones dominicales, ofrecía una información acerca de África y la vida de los africanos, y sobre la cantidad de tierras que estarían a nuestra disposición cuando llegáramos allí. Cuando lo oía recordaba las historias de mi abuela Tatica.

Yo era muy activa, me dieron la tarea de visitar a otros negros para convidarlos a que se incorporaran, embullé a muchos de mis amigos y a algunos de mis familiares negros. ¿Tú entiendes? Recuerdo a una señora que yo convencí para que ingresara; era viuda y tenía dos hijas y aceptó porque decía que «así mis hijas no tendrían que trabajarles de sirvientas a los blancos». En el movimiento, en Cueto, había alrededor de cincuenta cubanos. Yo recuerdo bien a Linda, a Yeya, a La China, a Aurelia, a una maestra que se llamaba Victoriana Ochoa y a Sibí, una jamaicana llamada *miss Luz*.

Para recaudar los fondos que comprarían los barcos en que nos iríamos –ya teníamos uno, el «Antonio Maceo»– había que pagar una cuota de veinticinco centavos semanales, se hacían rifas, y fiestas en las que se cobraba la entrada y todo lo que se ofrecía. La actividad en que más dinero se recogía era como una feria, donde se vendían comidas y dulces tradicionales, tanto jamaicanos, como cubanos, no se tomaban bebidas alcohólicas, solo jugos de frutas naturales.

Esas fiestas eran muy alegres, acudían muchas personas. Claro, no había muchos lugares donde los pobres –y, sobre todo, los negros– pudieran ir a divertirse. La música que se ponía para animar era de los dos países; para eso se tuvo que tomar un acuerdo: como los cubanos querían su música y los jamaicanos la de ellos, se decidió que se haría por sorteo y se pondría la que ganara. ¡Tremenda algarabía la que se armaba, al saberse la ganadora!

Los negros no podían ser alcaldes ni nada de eso; a las maestras negras las mandaban a trabajar a Monte Ruth, a Jarahueca, a esos lugares, en el campo. ¿En el pueblo?, ¡qué va!, ahí no. A los negros no les daban un puesto importante aunque tuvieran capacidad. Hubo excepciones, pero por conveniencia de los

políticos. A las niñas negras, a las negritas, las ponían a trabajar en las casas de los blancos, y allí las pelaban «para no verles las “pasas” revueltas». En fin, eran muchas las cosas que no estaban de acuerdo conmigo y, aunque me sentía muy cubana, por eso me quería ir; aunque no me imaginaba dónde quedaba África. Sabía que existía, que era uno de los cinco continentes, pero no tenía idea de dónde estaba. Pero seguro que allí las cosas serían diferentes

Había una canción jamaicana, que traducida al español decía más o menos:

*Corre buen hombre  
corre buen hombre  
corre buen hombre  
róbate un poco de arroz con pollo  
póntelo en los dos bolsillos...*

No la recuerdo completa, no la podría escribir, no era en inglés, era un lenguaje como el de los calipsos<sup>19</sup>.

Hubo mucha actividad cuando se anunció la visita de Garvey a Cuba, eso fue allá para el año '21. Las fiestas se daban más a menudo para aumentar la recaudación de los fondos. También hacíamos almuerzos colectivos y todos teníamos que dar una cantidad de dinero para los gastos. Allí se pagaba todo lo que se consumía, lo que sobraba se lo dábamos al tesorero. Charles Clark y otro más, que no recuerdo el nombre, daban más mítines, aumentamos las visitas para convencer a más personas para que se fueran.

Cuando Garvey estuvo en Santiago, yo no pude venir, tenía que trabajar, pero los jamaicanos asistieron todos y ¡Dios mío!, qué contentos estaban cuando regresaron a Cueto, qué alegría y qué esperanza tan grande llevaban a su regreso. Nos contaron todos los detalles de la visita. Irnos para África, para el hogar de nuestros antepasados, vivir como una gran familia, todos iguales, era la libertad verdadera. Ese era el mensaje que llevaron los jamaicanos.

Al cabo de un tiempo las actividades se redujeron. A los negros que dirigían el movimiento los perseguían, a algunos los devolvieron a su país. Todo se empezó a hacer un poco en secreto, ya casi no se cobraba; en fin, yo no llegué a saber exactamente qué pasó, por qué se disolvió aquello<sup>20</sup>, ¡pero fue triste, muy triste! Todas nuestras esperanzas se fueron al piso. Para mí aquello fue como si de pronto ¡pan!, me dieran un golpe: me



Vista parcial de Santiago de Cuba. Fotografía de José Gomariz.

tenía que quedar en Cuba, seguir sufriendo por negra. Después de aquello, de una cosa yo sí estaba segura: ¡tenía que imponerme a la discriminación!

### Queda mucho por hacer

La discriminación racial en Cuba era muy fuerte y un asunto muy complicado. Los blancos discriminaban a los negros, y estos les guardaban rencor a los blancos; los negros que lograban una posición económica y social, lo hacían con los negros pobres y hasta buscaban una blanca para casarse. Pero aquellos eran pocos, en comparación con la gran masa de negros que no lograron solvencia económica ni estudios.

Había sociedades de negros, y de mulatos. Aquí, en Santiago, estaba la «Luz de Oriente», para mulatos; «Aponte», para los negros, ambas para personas que tenían cierto nivel educacional y económico. Para los negros pobres, «El Gran Casino Cubano»; pero para los pobrecitos, los analfabetos, la gran masa de negros y mulatos, ¡para esos no había nada! Para estudiar también había problemas con el color. La mayoría de los negros que estudiaban –los que lo lograban–, lo hacían en la Escuela de Artes y Oficios, o en la Escuela Normal para Maestros. Eran muy pocos los que hacían el bachillerato, porque era muy difícil continuar carrera; lo mismo pasaba con la Escuela del Hogar y la de Comercio, allí era muy raro que estudiara un negro.

Ahora, ya no hay que preocuparse por el color de la piel. Aunque bueno, yo sé de muchas personas en las que aún perduran serios problemas raciales. He oído hablar de muchachas negras que no han empleado en una oficina, para favorecer a una blanca; puesto que con cualquier pretexto no se lo dan a un negro, para asegurárselo a un blanco. Son

19  
Ritmo surgido en la isla de Trinidad y que se popularizó en la década de los años 50 del presente siglo.

20  
Paralelamente al declive de la UNIA, los jamaicanos nacidos en el país fueron reconocidos como cubanos con plenos derechos, todo lo cual contribuyó a la desaparición del movimiento.

21

María: nombre de las cuatro hijas de Isabel, compuesto con otro a partir de la segunda.

22

Término utilizado de forma despectiva para referirse a los labios gruesos de algunas mujeres y hombres negros.

muchos los que aún conservan esa mentalidad, no sé por qué se empeñan en mantener latente ese problema.

Yo soy muy observadora y me doy cuenta de que hay pocos negros actores y los que hay nunca han sido protagonistas de una novela o de un cuento. Siempre son los criados, los trabajadores de los muelles, los esclavos; en fin, depende del tema de que se trate. Al principio de la Revolución eso era lógico, nosotros no teníamos mucho o ningún conocimiento, ¡pero ahora!, después de todos estos años... ¿Será que a los escritores no les gusta hacer novelas donde los protagonistas sean negros, o es otra cosa? Es por lo que pienso que los que continúan manteniendo vivos los problemas discriminatorios hacen mucho daño. En ese sentido ¡queda mucho por hacer!

Me gusta leer y de todo: obras de José Martí, libros de historia de Cuba, obras de la literatura universal, libros de poemas de diferentes autores; pero últimamente me he dedicado a leer todo lo que se ha escrito y se escribe sobre los negros –aunque no es mucho–, pero algunas de las cosas que se dicen me disgustan; no sé, creo que no se va al fondo, no se entrevista a los viejos, que fuimos los que en definitiva sufrimos toda aquella situación. Creo que en la medida en que nos vayamos muriendo, más se alejarán los escritores de la verdad. Porque no es sólo lo que dicen los papeles: esos, según el refrán, «aguantan todo lo que le ponen». Otra cosa es cómo las interpreta cada persona que las utiliza. Yo reconozco el esfuerzo y el empeño que ponen; pero al final, resultan libros que no reflejan bien la realidad.

### Una niña negra

Cuando yo era niña, recuerdo una etapa en que viví en La Maya, con mi mamá –Isabel– y mis hermanos Pepe y María<sup>21</sup> –los más claros de todos–. Isabel se molestaba con todo lo mío. Parece que yo tenía la manía de andar con la boca abierta, eso era motivo de incomodidad para ella, por lo que cuando me veía, me gritaba: «Reyita, cierra la boca que la “bemba”<sup>22</sup> te va a llegar a la rodilla». Y yo me miraba en el espejo y me parecía que yo no tenía ninguna bemba, pues comparaba mis labios con los de otros negros –que sí los tenían muy gruesos– y me daba cuenta de que los míos eran finos; pero claro, no como los de mis hermanos maternos.

Pero el complejo de mi mamá la hacía ver visiones. Ese era en ella un problema tan grave, que cuando mi hermana María –que me quería mucho– me vestía por las tardes y me mandaba a dar un paseíto con las otras muchachitas del barrio, si Isabel me veía, me llamaba, me sacudía y me decía: «Reyita, tú no eres mona de nadie para que se rían de ti», y enseguida me llevaba para la casa donde ella trabajaba. ¡Ay, Dios mío!, como yo sufrí con eso.

En una ocasión –ya yo era más grande– había una fiesta en el barrio; era el cumpleaños de una vecinita llamada Iluminada. Nos embullamos para ir, y tu tía María me vistió, me peinó, y me arregló de lo más bonita. Salimos las tres. Yo era la única negrita. Pasamos por el lugar donde Isabel trabajaba, y ella me dijo:

–Reyita, ¿a dónde tú vas?

–Vamos al cumpleaños de Iluminada.

–Reyita, no puedes ir a hacer el papel de mona entre todos los mulatos, ¡pasa a fregar los trastes de los blancos!

Isabel era muy acomplejada y, aunque yo estaba de lo más bonita, no me dejó ir porque era la única negrita; mis otras hermanas sí fueron. Yo no, porque aunque no era una niña fea, era una niña negra. En el fondo Isabel no era mala. Durante mucho tiempo yo no la comprendí, pero después de vieja me di cuenta de que mi pobre madre fue una víctima de la desgracia que sufrimos los negros, tanto en los siglos pasados, como en este. Te explicaré algunas cosas de ella, que ustedes no saben, y verás que tengo razón.

### Isabel

Al abolirse la esclavitud y Tatita salir junto con Basilio de la finca de los Hechavarría, el papá de mi mamá –uno de los dueños– no dejó que ella se llevara a Isabel. Ejerció su condición de padre, no para educarla y tenerla como a una señorita, sino para que continuara trabajando como criada, que era lo que había venido haciendo desde que no levantaba una vara del suelo; a cambio recibía poca ropa y mala comida.

Tu abuela Isabel parió un niño en 1889, al que le pusieron Eduardito. Ese no era tampoco un hijo del amor, sino del abuso de Isalgué, esposo de una de las Hechavarría. Para evitar

Reyita y yo: a manera de introducción

DAISY RUBIERA CASTILLO



el escándalo, botaron a mi mamá, junto con su hijo, de la casa. No hubo compasión; al contrario, la descarada y la desfachatada era mi pobre madre. Isabel sintió vergüenza de ir a casa de su mamá y se fue para una finca de La Maya, a trabajar picando caña.

Allí su vida era un martirio. No tenía quien le cuidara al niño para ir al corte, por lo que lo llevaba con ella, lo acostaba debajo de un plantón hasta que llegaba la hora del descanso, la que aprovechaba para darle alimentos y agua. Así pasó varios años, hasta que conoció a Francisco Ferrer, un hombre blanco que trabajaba en el central<sup>23</sup> de Los Cedros<sup>24</sup>.

Francisco tenía medios de vida. Le prometió llevarla con él, ponerle casa y ocuparse tanto de ella como de su hijo. Era casado, pero, imagínate, su situación era tan difícil que accedió a vivir con aquel hombre. La acomodó en Los Cedros, en una casita de tablas que a mi madre debe haberle parecido un palacio si la comparaba con el barracón donde vivía. Pero no dejó de trabajar; continuó cortando caña, para tener su propia entrada de dinero.

De aquel hombre le nacieron dos hijos: José, a quien le decían Pepe, en 1892, y María, en 1894. Esos hijos de tu abuela eran «adelantados»: Pepe y María tenían la piel casi blanca, el pelo fino y sin muchos rizos, y sus facciones, también finas, no se parecían en nada a las mías.

Cuando comenzó la Guerra del 95, Francisco no quiso sufrir la incertidumbre de aquella lucha, y se fue para Santo Domingo. Tu abuela junto con sus tres hijos pequeños se unió a los familiares de los mambises<sup>25</sup>. Iba de un lugar a otro, pasando todo tipo de vicisitudes; su hijo mayor, Eduardito, la ayudaba con sus hermanos menores hasta que murió a consecuencia de la viruela. Mi pobre madre tuvo que abrir la tierra con sus propias manos, envolver a su hijo en yaguas y enterrarlo; pero no se podía dar el lujo de desmayar. Le quedaban Pepe y María y tenía que velar por ellos.

En una ocasión, una columna mambisa acampó en el lugar donde ella se encontraba. A un soldado le gustó mi mamá; trató de auxiliarla como pudo. Isabel y él se hicieron marido y mujer. Ella seguía la columna con otros familiares de mambises para donde se movían. Aquel soldado fue mi papá, Carlos Castillo Duharte, el único hombre negro con quien Isabel iba a compartir la vida. Durante el tiempo que duró la guerra, tuvo tres hijos más: Candita, Evaristo y Nemesio.

Una vez estaban los familiares de los mambises ocultos en un cañadón<sup>26</sup>, porque iba a pasar una columna española; pero Candita lloraba mucho porque estaba muy enferma. El resto de las mujeres, temerosas de ser descubiertas, le decían a tu abuela: «Isabel, busca la manera de callar a esa niña». Ella, sin saber qué hacer, dejó a los otros niños y se fue caminando y caminando hasta que llegó a un arroyito.

Llevaba a su hija apretada contra su pecho. Cuando la niña dejó de llorar, Isabel se dio cuenta de que estaba muerta. Nuevamente tuvo que abrir la tierra con sus manos y enterrarla envuelta en hojas. No pudo detenerse a llorar y a sufrir, corría el riesgo de que el grupo se moviera del lugar y no poder volver a ver a sus otros hijos. Evaristo y Nemesio tampoco sobrevivieron. Colmada de penurias y calamidades, llegó al final de la guerra con mis hermanos Pepe y María. Junto con sus hijos y Mamacita –mi abuela paterna– Isabel se fue para «El Desengaño».

Al cabo de un tiempo, ella y mi papá decidieron poner una fondita en La Maya: así luchaban por subsistir. En esa época nació mi hermano Julián. A pesar de lo mucho que se esforzaron la fondita quebró; no les quedó más remedio que volver para «El Desengaño», y fue cuando yo nací. En ese tiempo mi papa estaba insoportable. Según contaba Isabel, era muy mujeriego y ella se cansó de soportarlo. Como él no la atendía debidamente decidió abandonarlo, dejó a Julián con Mamacita, a Pepe y a María los llevó a vivir con una prima que tenía en La Maya, y se fue conmigo para Guantánamo.

Se albergó en un barracón del central «Soledad»<sup>27</sup>, porque comenzó a trabajar picando caña. Allí vivían algunos haitianos. Durante el corte ella me dejaba con una vieja, que era la única que se quedaba en el barracón. Tengo recuerdos muy vagos de aquella etapa, pero ¡cómo olvidar a Cherrisse!, un haitianito que cuando no tenía que trabajar, me montaba a caballitos y me paseaba por el batey. En una ocasión se buscó una bronca conmigo a cuetas, pero, ¡imagínate!, no recuerdo si recibí algún golpe.

A uno de los administradores del central le llamó la atención tu abuela, le hizo muchas promesas que ella creyó. Resultado: salió embarazada de nuevo. Aquel hombre se llamaba Agustín Rodríguez, él le hizo una casita de tablas y ahí vivimos hasta que nos fuimos para

23 Palabra con la que se conoce en Cuba la fábrica o ingenio azucarero.

24 Alto Cedro, localidad de la entonces provincia de Oriente.

25 Insurgentes cubanos contra la dominación española.

26 Cañada (en Cuba). Cauce de agua muy pobre y reducido, que aparece seco una parte del año. Si es honda, se le llama cañadón.

27 Hoy «El Salvador».



Camino al Santuario de Nuestra Señora de la Virgen de la Caridad del Cobre. El Cobre, Santiago de Cuba. Fotografía de José Gomariz.



Virgen de la Caridad del Cobre. El Cobre, Santiago de Cuba. Fotografía de José Gomariz.

28  
Patrona de Cuba; según la leyenda se le apareció en la Bahía de Nipe en el siglo XVII a tres pescadores durante una tormenta de la que los salvó. Su santuario se encuentra en el poblado de El Cobre, provincia Santiago de Cuba. Es uno de los símbolos de la identidad nacional.

la finca «La Dolorita», propiedad de mi tía Casilda –hermana de mi abuela Tatica–, adonde fue a parir, y donde me dejó cuando se fue con la recién nacida, tu tía Gloria. No regresó a Guantánamo, porque se dio cuenta que Agustín no le iba a resolver ningún problema.

Tía Casilda tuvo un hijo de su antiguo amo, el que si fue reconocido por su padre y que estudió Derecho en Francia. Cuando mi mamá fue a parir a la finca, él estaba allí. ¡El pobre!, por estar defendiendo a

los campesinos, y sobre todo a los negros, desapareció: un día salió y no regresó, nunca más se supo de él, ni que pasó ni cuál fue su destino. Lo desaparecieron, no convenía aquel negro letrado.

No puedo recordar bien cómo fue mi vida en casa de tía Casilda, allá por 1906. De allí solo tengo claro que como vivía sola y tenía que trabajar en el campo y atender sus animales, por la mañana cuando se iba me dejaba amarrada a la pata de la mesa, me ponía una vasija con agua y otra con comida. Ahí hacía mis necesidades, me dormía, me despertaba, hasta que ella llegaba por la tarde, ¡ay Dios...! Entonces me soltaba, me bañaba, me daba que comer y me dejaba desandar por la casa hasta la hora de dormir. Mi tía me quería mucho, pero no podía hacer otra cosa; era la lucha por la vida la que la obligaba a hacerlo, tenía que trabajar para su sustento y el mío.

No creo que mi caso fuera el único, los hubo peores en el campo, lo que pasa es que de eso no se ha escrito nada. Parece que a los escritores ese tema no les llamaba la atención o no lo conocían. De esa forma transcurrió mi vida, hasta que un día llegó tu abuela a buscarme. Nos íbamos a vivir nuevamente con papá a otro monte.

## Por qué me casé con un blanco

Yo le tenía y le tengo mucha fe a la Virgen de la Caridad del Cobre<sup>28</sup>. Un día me arrodillé con su imagen abrazada y le pedí un marido blanco, bueno, trabajador, sin familia que se avergonzara de mí por ser negra. Sé que tú comprendes por qué me quise casa con un blanco. Y está de más decir, ahora, que amo a mi raza, que amo a los negros, pero casarse con un blanco en aquella época era vital. La Virgencita me lo concedió joven, buen mozo, lindo, trabajador. Tenía muchas virtudes, no era fiestero ni tomador ni mujeriego. A cambio de esa petición le prometí a la Virgen poner su imagen en la sala de la casa que yo tuviera cuando me casara ¡de frente a la puerta de la calle!, para que todo el mundo la viera.

Cuando en 1920 regresé a Cueto, puse una escuelita en la casa para ganarme la vida; por las mañanas, tenía una docena de muchachos, y por las tardes les daba clases a los hijos de los dueños del hotel Cuba y España –Miguel Muñoz y Manuel Carderosa–. Ellos me cogieron mucho afecto. Al tiempo necesitaron una camarera en el hotel y me lo propusieron.

Fui a trabajar allí y ahí mismo vivía. Me llevaba bien con los dueños y, como trabajaba bastante, no tenía dificultades. Era una persona sociable y agradable. Me reía por todo y nunca estaba de mal humor, además siempre estaba cantando. Había un hombre que todas las tardes iba a jugar a una sala de billar que estaba en los bajos del hotel. Cuando yo bajaba o subía la escalera, él ladeaba la cabeza hacia arriba, para mirarme, ¡eso me daba una rabia! Me molestaba mucho, yo estaba obstinada de que hiciera eso

Se llamaba Antonio Amador Rubiera Gómez, tenía veintiocho años, era telegrafista de la compañía ferroviaria Welfargo. Cansada de aquello, un día cuando se puso a mirarme le dije:

–Si quiere mirar, ¡mire! –Y me levanté el vestido. En aquella época se usaban unos pantalones bombachos, enaguas, sayuelas y corpiños interiores.

Y cuando hice eso, él subió los escalones corriendo, detrás de mí, me agarró y me cayó a besos, al principio me molestó:

–Si no sueltas voy a gritar –dije. Pero él no me hizo caso y me siguió besando. ¡Ay Dios mío! Él me hizo sentir algo, ¿tú sabes?

–¡Bésame! –yo lo besé.  
–Entonces, ¿eso quiere decir que me quieres y que ya somos novios?

Al principio yo no acepté, pero él siempre insistía. Yo tenía unos moños muy lindos, largos, y me decía:

–¡Mira que cabeza más linda tienes! A ver, sonríete.  
–No tengo ganas de sonreírme. –Tanto daba hasta que me hacía reír.  
–¡Preciosa dentadura!

Y así y así, hasta que me di cuenta de que lo quería. Como yo vivía en el hotel él habló con los dueños para preparar la boda, y a los pocos meses nos casamos. Arreglaron un salón con flores, cake, bebidas, trajeron el notario; en fin, ¡nos casamos! Fue una actividad sencilla, pero que tuvo mucha significación para mí. Vislumbraba una estabilidad, el hogar que nunca tuve, sin que nadie me discriminara ni se avergonzara por el color de mi piel ni por mis labios, o por mi nariz; en fin, que iba a entrar en la gloria. ¿Qué si tu abuela fue al matrimonio? No me molesté en mandárselo a decir. Allí no había nadie de mi familia ¿para qué? Lo que me estaba jugando era mi destino, mi futuro; ya se lo avisaría a su tiempo. Corría cuando aquello 1923.

Como Rubiera era blanco y no tuvo reparos en casarse conmigo, al plantearme ir a Cárdenas para conocer a su familia yo pensé que serían de la misma forma de pensar que él. Su papá se llamaba Rufino, era asturiano, de Gijón, provincia de Oviedo, y su mamá era dominicana, hija de un asturiano, también de Gijón, se llamaba Carlota<sup>29</sup>; él tenía solo una hermana<sup>30</sup>. Realmente no los llegué a conocer.

Cuando aquella señora<sup>31</sup> abrió la puerta, él le dijo:

– Mamá, ¡esta es mi esposa!  
– ¿Cómo? ¡Una negra! A mi casa ni entra. –Y nos tiró la puerta en la cara.

La vergüenza que pasé fue tan grande, me sentí tan humillada, que salí corriendo. Rubiera me alcanzó en la otra esquina, trató de explicarme, pero aquello no tenía explicación, por tanto yo decidí regresar de inmediato a mi casa.

– ¡Quédate con tu familia!  
– Reyita, estoy muy apenado por la actitud de mi mamá, pero te juro que nunca más tendrán la

oportunidad de humillarte. Ellos han muerto para mí porque nunca más volveré a esta casa.

Así lo hizo, no fue a Cárdenas ni cuando sus padres murieron<sup>32</sup>. Volvió cuando ya ustedes estaban grandes y lo obligaron a ir junto al lecho de muerte de su hermana María Julia<sup>33</sup>.

Cuando regresamos a Cueto comenzó mi nueva vida. Tenía un esposo, una casa y me sentía segura. Fui con Rubiera a Santiago para que conociera a mi mamá y a mis hermanos. Isabel se sintió muy contenta, en primer lugar porque él era blanco y sus nietos no serían negros prietos; me felicitó por haber entendido lo importante que era adelantar la raza y, en segundo lugar, porque estabilizaría mi vida.

### ¿Doña de qué? ¡Reyita!

En Cueto, donde viví siete años, tenía una casita de madera con el techo de zinc y una amplia ventana que daba al frente, para un jardincito que sembré de rosas. Siempre me han gustado las flores, por eso desde que tengo casa las he sembrado; me doy mucho gusto con eso. También tenía un bonito juego de muebles de mimbre y hasta un fonógrafo. El día de mi primer cumpleaños después de casada Rubiera me regaló un mantón de manila, porque nuestra situación económica era bastante holgada. En aquella casa nacieron mis dos primeros hijos. Rubiera siempre me decía:

– Yo quiero una docena de hijos, para tener una familia grande.  
– ¡Ay, viejo! ¿No crees que serán muchos?  
– No, Mima, yo quiero tener doce hijos.

Yo nunca los evité. Mis hijos se llevan dos años cada uno, porque mientras daba pecho no me bajaba la regla<sup>34</sup>. Tata le lleva tres años a Monín, porque a ella no le gustaba comer y mamó durante todo ese tiempo.

Cuando mi primer parto una vecina blanca me fue a ver y me llamó la atención el énfasis que puso cuando dijo:

– ¡Ay, qué prieto es el niño! – Y eso que los hijos de los negros nacen claritos y a veces medio blanquitos.

El mismo día en que la blanca me fue a ver, pero por la tarde, llegó Marcelina, una vieja con la que me llevaba muy bien. Era una negra, sirvienta de la casa de unos blancos.

29  
En realidad, era cubana.

30  
Rubiera, además de María Julia, tuvo otros dos hermanos de los que nunca habló: Domingo Rufino, nacido en 1898 (se desconoce fecha de su muerte, que ocurrió a temprana edad) y Rufino (1903-1929). Véase *Nuevas Verdades*.

31  
No pudo ser Carlota. Había fallecido en 1915.

32  
El padre falleció en 1936.

33  
María Julia no murió en esa fecha, sino en 1980. Véase *Nuevas Verdades*.

34  
Menstruación.

Como en aquel lugar a casi todo el mundo le decían don o doña –don José, doña Amalia, doña Caridad– y yo veía que a mí no me lo decían, le pregunté:

–Marcelina, ¿por qué si yo soy una mujer casada, y con un blanco, a mí no me dicen doña? –Ella sonrió con tristeza y me respondió:  
–¿Por qué te van a decir doña? A esa gente le dicen doña porque son blancas y tienen dinero; pero a ti, negra prieta –y casada con blanco, sí, pero pobre– ¿doña de qué? ¡Reyita!

En esos momentos no la entendí muy bien, yo era muy inocentona, después sí; ¡y de qué manera! Ahora tengo muchos bienes, pero no materiales, sino espirituales: mis hijos y mis nietos ¡qué lindos! Los hay maestros, médicos, ingenieros, profesores, técnicos, obreros. No tengo borrachos ni ladrones. Me siento rica, y ni con esa riqueza tan grande me gusta que me digan doña, prefiero ser Reyita, sencillamente Reyita. ¿No es verdad? Es más bonito.

Aquello que pasó cuando Marcelina me fue a visitar no enturbió mi felicidad. El tiempo pasaba, ya tenía hijos que crecían sanos y fuertes; cuando peinaba a las niñas siempre me acordaba de mi mamá. Ellas tenían el pelo largo y con pocos rizos.

Mis vecinos –en su mayoría blancos– discriminaban a Rubiera por haberse casado conmigo; y los negros, aunque reconocían que casarse con un blanco «era un paso de avance», tenían ciertos recelos, porque Rubiera no era amigo de que estuviera metida en casa ajena y tampoco le gustaba llegar a la de él y encontrar a la gente «cuchicheando», como decía.

Yo nunca supe por qué nos mudamos de Cueto para una casita de madera con piso de tierra que Rubiera hizo en un potrero de una finca ganadera cerca de Marcané. Se la dejaron hacer a cambio de que nosotros cuidáramos los animales –eso yo lo hacía con los muchachos, que estaban bastante chiquitos–, porque él seguía trabajando en el ferrocarril. Allí se me echaban a perder mis muebles y casi todas mis cosas. En esa etapa Rubiera estaba un poco violento. En una ocasión en que yo hice

una panetela para comer de postre en la comida, cuando puse la mesa les serví un plato de sopa a cada muchacho –Pura y Chichí–. No se la querían tomar, querían primero el dulce, tu papá les decía:

- ¡Que se tomen la sopa!
- No queremos sopa, queremos dulce.
- ¡Que se tomen la sopa!
- No, ¡queremos el dulce!

Él se molestó de tal manera, que cogió la panetela con bandeja y todo y la tiró por la ventana. ¡Qué dolor me dio! Con tanto amor que la había hecho.

Yo estaba embarazada y un día mi amiga Luisa me fue a ver –ella era mi vecina allá en Cueto–. Al ver en las malas condiciones en que vivía se enfrentó a Rubiera, porque consideraba que yo no podía parir allí. Fue tanto lo que le dijo todas las veces que me fue a visitar, que él decidió mudarnos otra vez para Cueto. Para felicidad mía volvimos a la misma casa que teníamos antes; allí nació tu hermana Tata, a la que nombramos Antonia porque la tuve el día del cumpleaños del viejo. No sé por qué razón la situación económica de nosotros empeoró tanto, ya que Rubiera seguía trabajando en el mismo lugar.

A pesar de que tu papá era tranquilo en cuestiones de mujeres, una vez supe de la existencia de una que tuvo y que estaba esperando un hijo. Oí decir que ella era muy pobre, y en medio de mis limitaciones y con la ayuda de mi amiga Luisa le preparamos la canastilla. Yo le pedí a la Virgen que no permitiera que otra mujer me quitara a mi marido. Se lo pedí con fervor y de corazón. ¡Ay muchacha!, aquella mujer se murió y dicen que de sed, no lo sé exactamente. Tampoco supe si el hijo sobrevivió o no. Lo cierto es que a partir de aquello yo nunca le he pedido nada a la Virgen que pueda tener un desenlace fatal; siempre he vivido con el complejo de culpa de que aquella mujer murió por lo que yo había pedido.

Con todas las altas y bajas que tuvimos en nuestros cincuenta y cuatro años de casados, Rubiera y yo seguimos juntos hasta su muerte, ocurrida en 1975.